

¿Hubiera sido aun posible una reforma amistosa? Roma reconoció de hecho, en el concilio de Trento, que Lutero tenía razon en varios puntos: si hubiera, pues, corregido inmediatamente la disciplina, y sacrificado alguna de sus pretensiones puramente curiales; si no hubiera trasformado en cuestiones dogmáticas las de jurisdiccion, y en una palabra, si hubiese cedido voluntariamente lo que se vió obligada á abandonar después, hubiera al menos quitado el pretesto á las declamaciones. Ya hemos visto ser arrebatados los bienes de la Iglesia sin cisma; con respecto á los ritos, ya se habia hecho una transaccion conciliadora con los griegos y con los husitas; por lo que respecta á las indulgencias, no habia en discusion ningun punto absolutamente capital; y hasta entonces no estaban muy distantes unos de otros con respecto á los dogmas esenciales y misterios. Se podia, pues esperar aun una fusion; Adriano VI y Melancton eran propios para producirla por su carácter. Pero bajo este pontífice mostró Roma realmente cuán corrompida estaba. Adriano, que habia conservado con su nombre sus antiguas costumbres, llevó en su comitiva á su pobre ama de gobierno, para que le sirviera como lo habia hecho hasta entonces. Mas su sencillez y exactitud en decir todos los dias la misa parecieron ridículas en el palacio acostumbrado al género de vida de los Médicis. Aquel pontífice, que entre los suyos tenia reputacion de protector de las letras (40), que habia alla-

hoc optimos officarios constituet, qui nullis compositionibus aut altercationibus iurium iustitiam pessundabunt.

5. Fideles, signanter nobiles et monasteria consueta adjuvari, in suis necessitatibus iuxta tempora honorum pontificum sustentabit.

6. Infideles maxime Turchas, pessimos crucis hostes; nunc apud Rhodum et Hungariam multis victoriis superbia, qui maximo dolori et terrori Ecclesie sanctae sunt, excludet et expugnabit, et ad hanc expeditionem pecunias congruentes, inducias inter Christianos procurabit, et iustam expeditionem magna auctoritate ordinabit, et nunc aliquo pecuniario presidio obsidione Rhodiana, succurret.

7. Ecclesiam Principis Apostolorum magno nostro dolore diruptam et conquassatam, partim, sua impensa partim principum et populorum piis suffragiis, sicut praedecessores sui fecerunt, eriget, consolidabit.

(40) Erasmo dice, ep. 1176: *Vir nostra phalanx sustinisset hostium conjurationem, ni Adrianus tum cardi-*

nado los obstáculos opuestos á la fundacion del colegio *trilingue* en Lovaina, fué considerado como un bárbaro por los literatos á quienes no asalariaba. Como le mostrasen el Laocoonte, exclamó: *¡Idolos paganos!* y separó la vista de aquellas desnudeces clásicas. No fué necesario más para que huyesen escandalizados los literatos; y Pasquino representó al papa bajo la figura de un pedagogo administrando disciplinazos á los cardenales como á niños de escuela. Si hubiera querido suprimir las ventas simoniacas, hubiera perjudicado á los que habian comprado legalmente el derecho de hacerlas. La abolicion de las supervivencias en las dignidades eclesiásticas le suscitó grandes enemistades. Como extranjero, no tenia relaciones de parentesco, y no formó otras nuevas; porque antes de dar beneficios reflexionaba mucho tiempo, y dejaba de esta manera los puestos sin proveer. No teniendo á nadie que lo sostuviese llegó hasta exclamar: «¡Qué desgracia que haya tiempo en que el hombre mejor intencionado se vea precisado á sucumbir!».

Aquel pontífice piadoso y lleno de celo, fué, sin embargo, considerado como un mal tan grande como la peste que existia entonces: hicieron fiestas públicas á su muerte, y se colgaban coronas á la puerta de su médico con esta inscripcion: *Ob urbem servatam* (41).

Es verdad que el momento más desfavorable para verificar una reforma es aquel en que es imposible diferirla. Ahora bien, no se podia remediar sino con el tiempo los abusos que el tiempo habia producido; pero lejos de querer aguardar los reformadores procedieron con la violencia de personas que quieren destruir; y las costumbres de los ritos y de los dogmas nuevos se introdujeron en las poblaciones: los sacerdotes casados se encontraron sujetos con el doble vínculo del interés y de los afectos, y los niños se educaron en las nuevas creencias.

nalis, postea romanus pontifex, hoc edidisset oraculum: «Bonas litteras non damno; haereses et schismata damno.»

(41) Nada hay más cierto que estos dos epitafios que le hicieron: *Hadrianus VI hic situs est, qui nihil sibi infelicitius in vita quam quod imperaret duxit.—Proh dolor! quantum refert in qua tempora vel optimi cujusque vita incidat!*

CAPÍTULO XVIII.

LA REFORMA Y LA POLÍTICA.—GUERRA DE LOS VILLANOS.—CONFESION DE AUGSBURGO.

Ya se dejaban sentir las consecuencias políticas de la Reforma: desde el momento en que la Biblia pudo ser interpretada por todos segun su deseo, hicieron que sirviese al interés de las pasiones, y se sabe que las que tienen por objeto la política son siempre violentas.

Insurreccion de los villanos.—Cuando los aldeanos leyeron en el Evangelio que los hombres son iguales, exceptuando sólo á Dios y al príncipe, pero no á la nobleza, quisieron estender á la par de la libertad religiosa las libertades civiles, y suscitaron quejas contra los pequeños señores que los oprimian á imitacion de los grandes. Ya anteriormente se habian amotinado ó sublevado formando ligas con objeto de emanciparse, tomando por insignia el zueco del aldeano (*bundschuh*) en oposicion á las botas de los señores. Esta vez se reunieron en diversas provincias; Cristóbal Schappler, sacerdote suizo, redacta sus agravios y reclamaciones en doce capítulos llenos á la vez de moderacion y atrevimiento, debe permitirse á los aldeanos elegir los sacerdotes encargados de iniciarlos en la palabra de Dios con toda su pureza y sin mezcla; después de haber sufrido hasta entonces que se les tratase como á esclavos, aunque rescatados por la sangre de Cristo, no quieren sufrirlo más, á menos que no se les convenza con las Sagradas Escrituras que no tienen razon; piden que el pequeño diezmo sobre los animales sea abolido, y que el grande sobre las tierras se emplee en otros usos; que la servidumbre del terruño se suprima; que se disminuyan las contribuciones, y se suavicen los castigos impuestos á los delitos; que les sea permitido cazar y pescar, en atencion á que Dios les ha dado en la persona de Adan, imperio sobre los pescados del mar y las aves del aire; que se les deje cortar leña en los montes para calentarse y guarecerse; que á la muerte de un

jefe de familia quede abolido el tributo exigido á la viuda y al huérfano, á fin de que no se vean reducidos á mendigar. Pasarán en silencio sus demás agravios, á condicion que los señores se comprometerán á tratarlos segun el Evangelio (1).

Eran muy justas estas exigencias; pero estaban apoyadas en la violencia y debian conducir á los excesos que habian previsto Adriano VI, Clemente VII y el mismo Lutero. Llamado el reformador por los campesinos para sentenciar entre ellos y los señores, renegó del partido popular, del que habia manifestado ser campeón; y admitido á participar del poder, escribió para demostrar que convenia á la vida social que hubiese amos y servidores. Cierzo es que exhortó á los señores á que hiciesen justicia; pero cuando los campesinos, más lógicos que lo que él hubiera querido, se negaron á someterse y se cometieron excesos por no haber sido escuchados, él declaró que era absurda é imposible la igualdad de condiciones (2), y montando en cólera se desató en invectivas, é invitó á los príncipes y caballeros á esterminar sin misericordia la execrable raza de aquellos perros rabiosos (3): «Castigad, castigad, príncipes; ¡á las armas, herid, matad; ha llegado el maravilloso tiempo en que

(1) GNODALIUS, *Rusticanorum tumultuum vera historia*, pág. 31.

(2) *Vos eo spectatis ut omnium sit eadem conditio sint omnes aequales: hoc autem est absurdum et ineptum.* GNODALIUS, pág. 63.

(3) «Creo, dice, que todos los campesinos deben pecar, en atencion á que atacan á los príncipes, á los magistrados y que empuñan el acero sin la autoridad divina... Ninguna misericordia ni tolerancia se debe á los campesinos, y sí, la indignacion de los hombres de Dios... Las gentes de los campos están fuera de la ley de Dios; se les puede tratar como á perros rabiosos.»

un príncipe puede, dando muerte á los aldeanos, merecer el paraíso con más facilidad que otros orando!»

El mismo había escrito: «Todo el que ayude con su brazo, sus bienes, á arruinar á los obispos y á la categoría episcopal, es buen hijo de Dios, verdadero cristiano y observa los mandamientos del Señor.» (4) Y en otra parte: «Cuando empleamos la horca contra los ladrones, la cuchilla contra los asesinos, el fuego contra los herejes, ¿no habíamos de lavar nuestras manos en la sangre de esos seres de perdición, de esos cardenales, de esas serpientes de Roma y Sodoma que manchan la Iglesia de Dios?» (5)

Osiander y Erasmo le reprochaban, pues, con razón, haber excitado en nombre del Evangelio una cruzada contra los obispos y los frailes. Por lo demás, no dejaba de ser escuchado por una y otra parte. Los señores y las ciudades organizaron ligas contra los campesinos; pero el odio perpétuo del pobre contra el rico fué más poderoso, y se declaró la guerra al orden, á la propiedad, á la ciencia, como enemiga de la igualdad, á las bellas artes como á una idolatría. En el Rin, en Alsacia, en Lorena, en el Tirol, en la Carintia y en la Estiria, acudió el pueblo á las armas, derrocó á los magistrados, arrebató sus tierras á los nobles, á quienes precisaron á cambiar de nombres y trajes. Tomado Weinsberg, asesinaron á su gobernador en presencia de su mujer, á quien subieron después en un carro de estiércol. Algunos señores adoptaron el partido de los insurrectos por ambición ó amor á las innovaciones, tales como Ulrich de Hutten y Gœtz de Berlichingen, el terrible barón de la mano de hierro. Varios predicadores, y sobre todo Carlostadt, animaban á las poblaciones á la *santa empresa*.

Anabaptistas.— Algunos artesanos y sacerdotes proclamaban que habían sido llamados por el cielo para completar la obra de la Reforma, y destruir la esclavitud moral y material en que yacía el pueblo; y Nicolás Storch, rodeado de doce apóstoles y de setenta y dos discípulos, negó el bautismo á los niños, al mismo tiempo que volvió á bautizar á los adultos. De aquí el nombre de anabaptistas dado á aquellas gentes, que llevando hasta sus últimas consecuencias el principio de Lutero, buscaban la verdad, no en la letra muerta de las Escrituras ó en la tradición constante de la Iglesia, sino en las revelaciones personales de cada uno de los iluminados por el Espíritu Santo para encontrar el perfeccionamiento de la ley. Todo hombre era, pues, profeta: cualquiera inspiración febril de una imaginación acalorada era una manifestación superior; los mil sueños contradictorios que cada uno tenía eran otras tantas verdades. Ahora bien, la influencia revolucionaria de

(4) *Obras*, t. II, pág. 120.

(5) *Contra Silv. Priero*.

los anabaptistas es muy notable en la historia, como también sus rápidos progresos y su desaparición no menos repentina.

Pfeifer excitaba al pueblo de la Franconia, diciéndole: «He visto una infinita cantidad de ratas que se dirigen á una granja para comerse los granos. Príncipes, vosotros sois las ratas, vosotros los que nos despojáis; vosotros también, magistrados que nos oprimís, y los nobles que nos devoran. Pero durmiendo y todo me he lanzado sobre esta canalla, y he hecho en ella una gran carnicería. ¡A las armas, pues, y fuera de las trincheras! ¡Israel, á las tiendas! ¡Ha llegado el día del conflicto; sucumban nuestros tiranos y sus castillos! Un rico botín nos aguarda y le llevaremos á los pies del profeta, quien le repartirá entre nosotros.» Tomás Münzer de Alsted que fué el primero que dió al anabaptismo el impulso político, decía que Dios, en una de sus conversaciones con él, había puesto en su mano la espada de Gedeon para establecer en la tierra el reinado del Señor. Habiendo penetrado en las minas de Mansfeld, exclamó: «Despertaos, hermanos; despertaos, los que dormís; coged vuestros martillos, y herid en la cabeza á los filisteos; ejecutad la obra de Dios. Hermanos, que vuestros martillos no permanezcan ociosos; ¡pin! ¡pan! redoblad los golpes sobre el yunque de Nemrod; emplead contra los enemigos del cielo el hierro de vuestras minas; Dios será vuestro Señor; ¿qué teméis que temer si está con vosotros? cuando Josafá oyó las palabras del profeta, se arrojó á tierra con la frente pegada á ella, Hermanos, inclinad vuestras cabezas; porque Dios en persona llega á socorreros.»

Entonces los nuevos creyentes se lanzan de las minas; toda la Franconia se subleva; derribase las iglesias y Münzer incita á los insurrectos á la matanza. «¡Dran, dran, dran! ha llegado la época, los malos serán arrojados como perros. No haya compasión. Rogarán, dadles caza. Llorarán como niños, no tened lástima ¡Dran, dran, dran! Que arda el fuego; que no se enfrie la sangre en vuestras espadas; que sucumban las torres á vuestros golpes; ha llegado el día; Dios marcha delante vosotros; seguidle.» Aquellos hombres cedían, pues el impulso que se les daba, y habían resuelto *no conceder la vida á uno solo de aquellos ociosos*; pero aquellas desordenadas turbas fueron batidas en todas partes por las tropas regulares de los castellanos, y pasadas á cuchillo ó enviadas á la horca. Cien mil individuos que llevaban la cruz blanca perecieron. Uno de los asesinos del gobernador de Weinsberg fué atado al tronco de un árbol con una cadena que le sujetaba ambos brazos, y cercado de llamas, para hacerle luchar largo tiempo con la muerte. Hutten se vió precisado á desterrarse; Berlichingen permaneció prisionero once años. A pesar de todo, Münzer había sublevado á Mulhausen, donde había predicado la comunidad de bienes y establecido una *teocracia*, que no era otra cosa que la tiranía de todos. Sostúvose allí por es-

pacio de seis meses rodeado de multitud de campesinos; pero pronto fueron cercados por los señores, y faltos de artillería, sin ninguna práctica de la guerra, aguardaban que las legiones de los ángeles, anunciadas por Münzer, fuesen á defenderlos. Como no las viesan aparecer, tomaron el partido de huir, y fueron exterminados á millares por el sable de los soldados y el hacha del verdugo.

Ejemplo terrible para los innovadores que aun con una intención magnánima se precipitan á la reforma sin consideración á lo pasado, ni más apoyo que los cálculos personales ó la inspiración, separándose del porvenir por lo mismo que reniegan del pasado. Hecho Münzer prisionero y puesto en el tormento, espiró recomendando á los príncipes tuviesen compasión de los pobres aldeanos, como único medio de conjurar nuevas sublevaciones.

Lutero contestaba á los que le hacían un cargo sobre aquellas matanzas: *He venido á traer el acero y no la paz*. Por que, cuando vió las terribles consecuencias de su doctrina se había arrepentido, y dejando de ser popular, había adoptado el partido de los príncipes sosteniendo abiertamente la monarquía. Al elector de Sajonia, Federico el Sabio, que le había protegido con moderación, sucedió Juan el Constante, quien le secundó sin reserva, abolió en sus Estados la jurisdicción eclesiástica, y confió el gobierno de la Iglesia á una comisión compuesta de seglares y clérigos. En este punto comienza el papel político de la Reforma, según la cual la autoridad de los príncipes en las materias eclesiásticas debe ser considerada como el complemento de la supremacía territorial.

Porque la Reforma fué una evidente reacción de la nacionalidad; de los pueblos aislados contra la monarquía papal; de los gobiernos contra el sistema que sustraía á los imperios una parte del hombre, no consintiendo que se fraccionase el dominio de la conciencia. Incapaces los príncipes de resistir por las vías comunes á las invasiones del Austria, consideraron en el entusiasmo popular un medio de procurarse recursos desacostumbrados, uniéndose estrechamente entre sí y con el pueblo. Precisamente á estas pasiones fué á las que se dirigió Lutero en su proclama á la *nobleza cristiana de la Alemania*, cuya envidia escitó contra las usurpaciones progresivas del clero y de Roma sobre la nacionalidad alemana. «No más celibato, exclamó, no más entredichos, peregrinaciones, fiestas de iglesia; no más dispensas, ni indulgencias: basta ya de abstinencias de carne, de misas particulares y penas eclesiásticas. No más nuncios apostólicos, que nos roben nuestro dinero. Papa de Roma, escucha: no eres el más santo, no, sino el más pecador: tu trono no está asegurado en el cielo sino en la puerta del infierno... Emperador, tú eres el dueño; el poder de Roma te ha sido arrebatado; nosotros no somos sino esclavos de los tiranos sagrados: á tí pertenece el título, el nombre y las armas del imperio; al papa sus tesoros y

su poder. El papa toma el grano, y nosotros la paja.»

Pequeños príncipes desunidos y acostumbrados á considerar como su principal renta los robos que hacían en los grandes caminos, se regocijaron con poder coger botín, no poco á poco, sino toneles de oro que, según Lutero, estaban ocultos en los conventos. Es cierto que había propuesto hacer ocho partes de los despojos de las iglesias: para los curas, los maestros, los enfermos, los huérfanos, los pobres, los viajeros, la fabricación de las iglesias y los almacenes. Pero los príncipes escucharon el primer consejo sin inquietarse del segundo: en vano fué, pues, el que Lutero se quejase cuando vió los bienes confiscados, y sólo algunos puñados de dinero fueron arrojados á los apóstatas más alborotadores. En todas partes donde las iglesias fueron secularizadas, se abrieron los conventos, y las religiosas, arrojadas de los asilos donde se prometían pasar una ancianidad pacífica, fueron vueltas al mundo, del que se habían separado. Violando Alberto de Brandemburgo, gran maestre de la orden Teutónica, á la edad de sesenta y nueve años su voto de castidad (1525), se hizo reconocer duque hereditario de Prusia; ejemplo terrible en un país en el que existen tantos señoríos eclesiásticos.

En la época en que Carlos Quinto ascendió al trono, encontró ya estendida la Reforma bajo la protección del elector de Sajonia y del príncipe Palatino. Como emperador, podía desear la humillación de aquellos papas que no habían cesado de poner trabas á sus predecesores, y que como Julio II, habían proclamado abiertamente el proyecto de emancipar á Italia de los extranjeros. Tanto más debía ser así, cuanto que un rompimiento le hubiera ofrecido un pretexto para mezclarse de nuevo en los negocios de aquella península tan envidiada. Pero por otra parte, los príncipes del imperio dejaban conocer claramente la intención de aprovecharse de las innovaciones religiosas, para emanciparse, tanto del emperador como del pontífice, lo que ofrecía gran peligro en el momento en que los turcos se presentaban amenazadores. Además, Carlos Quinto se hubiera enajenado de esta manera la voluntad de los españoles, celosos católicos, y precisado al papa á arrojarse en brazos de Francisco I. Permaneció, pues, católico por cálculo, y concluyó con Leon X un tratado lleno de intereses mundanos.

Pero conociendo después de su victoria de Pavía, que ya no tenía necesidad de Lutero como espantajo de los papas, ni de los pontífices como contrapeso del poder francés, cambió de lenguaje. Hacia aquella época (1526) publicó Clemente VII una carta en la cual deploraba los males de la cristiandad, males nacidos de la discordia entre los príncipes, y de los desarreglos en el orden eclesiástico: decía en ella que era preciso comenzar la corrección por la casa de Dios: que él mismo se enmendaría, y que los cardenales siguiesen todos

su ejemplo; que quería ir en persona al encuentro de todos los príncipes para ponerlos acordes, y que hecha esta paz, reuniría un concilio para devolverla también a la Iglesia. Indignóse ó fingió indignarse Carlos Quinto con aquella carta. El mismo papa es, contestó, un artífice de discordias; únicamente por complacerle fué por lo que no escuchó á los alemanes cuando le pedían en Worms la convocación de un concilio; el papa había mentido prometiendo reunirlos; y si tardaba en hacerlo, él, Carlos Quinto, incitaría á los cardenales á que ellos mismos le reunieran.

Tuvieron, pues, los reformados un motivo de regocijo al ver á Roma saqueada en nombre del emperador y pronto á estallar un cisma. Esperando por otra parte un sínodo universal, convocó Carlos Quinto una dieta, con objeto de adoptar en ella los medios de evitar las inminentes desgracias. Esta fué una declaración de guerra. Formáronse alianzas por una y otra parte entre los católicos en Dessau, y los reformados en Torgau; conociéndose al mismo tiempo Lutero y Melancton aun los más débiles, declararon que era una impiedad defender á la Iglesia con las armas. Reuniéronse los Estados en Espira (1529) (6); pero nada se determinó, porque todos se lisonjaban con la idea de un concilio general. Decidióse sin embargo que todos continuasen con la creencia que habían adoptado, aunque impidiendo á la reforma el que se extendiera. Varios protestaron de esta decisión; de donde procedió el nombre de *protestantes*.

Pero ya los hermanos uterinos de la Reforma no estaban acordes entre sí; y no se podía, en efecto, esperar que fuese de otra manera cuando se había declarado libre para todos la interpretación de las Sagradas Escrituras. Lutero, que pretendía ser la suya la única verdadera, publicó la *Instrucción para los pastores* como regla de fe (1527). Melancton dulcificó algunos dogmas, como la negativa del libre albedrío y la ineficacia de las buenas obras; y su *Corpus doctrinae christianae* fué considerado por los protestantes como uno de sus libros simbólicos (7). Pero algunos se apoyaron en

(6) *Non seulement les princes n'allaient pas à la messe, ne observaient les jeûnes prescrits, mais encore on voyait, dans les jours maigres, leurs serviteurs porter les plats de viande et de gibiers destinés à la table de leurs maîtres, et passer sur les yeux de la foule que le culte rassemblait... a fin de attirer les Catholiques par le fumet des viandes et des vins. L'électeur avait un grant état: sept cent personnes formaient sa suite. Un jour il donna un banquet, ou assistaient vingt-six princes avec leurs gentilshommes et leurs conseillers. On y joua jusqu'à une heure très tardive... On ne pouvait plus se faire illusion: l'esprit qui se manifestait dans ces hommes était bien celui de la Bible.* D'AUBIGNE, pág. 258.

(7) Los protestantes llaman libro simbólico á una exposición de la doctrina adoptada en una iglesia particular, al mismo tiempo que la enunciación de los artículos, sobre

aquella obra para negar la presencia real, y Wittenberg, de donde habia salido la luz, fué el foco de la herejía capital que dividió á los luteranos. Aunque Lutero conoció *que nada le hubiera servido más para dañar al papado que negar la transustanciación*, aceptó la presencia real de Cristo en la Eucaristía, comparándola á un hierro candente en el que existe el calor al mismo tiempo que el metal; pero Carlostadt no veía en ello más que una pura conmemoración de la muerte de Cristo; é hizo un cargo al reformador por haber pervertido la palabra divina. De aquí violentas injurias. Burlándose Lutero de las visiones de Carlostadt, se apoyó para refutarlas en la unánime opinión de los Padres de la Iglesia (8), sin recordar que él era primero que la rechazaba: ¡Tan cierto que el amor al triunfo era su pasión dominante!

Sin embargo, desde 1519, Ulrico Zwingli de Zurich habia comenzado una predicación independiente, y hasta anterior á la de Lutero, de la que se separaba en lo concerniente á la presencia real. Le acusaba de haber hecho del hombre un hijo de las tinieblas, impotente para elegir él mismo la senda de la luz. Juan Ecolampade, profesor en Basilea, sostenía también que la Eucaristía era un símbolo. Lutero lanzó el anatema contra aquella interpretación, y contra todo el que no creyese lo que él. Zwingli le rogó con las lágrimas en los ojos, se mostrase tolerante y no diese ocasión al cisma; pero declaró que no tendría por hermano al que no pensase como él, é hizo redactar los *artículos de Schwabach*, que debía profesar todo el que entrase en la liga contra los católicos. Con esto Zwingli se retiró avergonzado del luteranismo, que iba á parar á un estado peor que el papismo (9).

En Bohemia también, los restos de los husitas y los calistinos hicieron su profesión de fe, que Lutero aprobó (10). La cuestión de los sinergis-

los cuales una secta se diferencia de las demás. Atribuyen también aquella denominación á la Iglesia católica, llamando al concilio de Trento el primer libro simbólico, la profesión de fe de Trento el segundo, y el catecismo romano el tercero.

(8) Desde la institución del cristianismo, nunca la Iglesia tuvo otra enseñanza; esta manifestación constante y uniforme debe bastar para impedir escuchar á los espíritus de turbulencia y error. Es peligroso levantar la voz contra la creencia y lo que enseña la Iglesia. ¿Qué es lo que es dudar, sino el cesar de creer en la Iglesia, condenarla como embustera, como también á Cristo, á los apóstoles y á los profetas? ¿No está escrito? *Permaneceré con vosotros hasta la consumación de los siglos*; y en san Pablo: *La casa de Dios es la iglesia de Dios vivo, la columna y la base de la verdad*.

(9) *Das lutherthum werde so schwer als das Papathum*. ZWINGLI. Ep. 334.

(10) Se sostuvieron á pesar de las atroces persecuciones del rey Fernando; sin embargo, la mayor parte se vieron obligados á refugiarse en Prusia. Fueron tolerados más

tas fué más encarnizada. Flacio, profesor de la Jena (1557), sostuvo contra Melancton que la cooperación del hombre era necesaria á la justificación operada por el Espíritu Santo. Llegó hasta decir que el pecado original no era un accidente, sino la misma sustancia del hombre, lo cual engendró la herejía de los flacianos ó sustancialistas.

«El diablo está entre nosotros, dice Lutero, y envía todos los días visitas á llamar á mi puerta. El uno no quiere el bautismo; el otro desecha la Eucaristía; un tercero enseña que Dios creará un nuevo mundo antes del juicio final. Este pretende que Cristo no es Dios, otro una cosa y aquel otra. En una palabra, tantas creencias como cabezas; y no hay imbécil que no se crea visitado por Dios y que es profeta.»

Si el libre exámen hubiese sido reconocido de hecho, como era proclamado de derecho, ¿cómo se hubieran podido desaprobar ninguno de estos sectarios? Pero Lutero, á quien hemos visto incitar en otro tiempo á sus partidarios á perseguir á los católicos, hacia otro tanto con todos los que se separaban de su creencia. Más de mil ministros luteranos (si hemos de dar crédito á Alcander) estaban reducidos á mendigar por los sectarios de Carlostadt. Tosanso decía: «Si fuese emperador, no concedería la vida á mis súbditos sino á condicion de que tuvieran mi misma fe y creencia.» Los calvinistas escribían al príncipe de Polonia:

*O Casimire potens, servos expelle Lutheri;
Ense, rota, ponto funibus igne, neca.*

Confesion de Augsburgo.—Tal era la libertad de opiniones que se proclamaba, y todas las discusiones se convertían en negocios de Estado. Dios era el pretexto y el mundo la causa. En este estado de cosas, sitiaba Soliman á Viena; y deseoso Carlos Quinto de rechazar al enemigo y terminar aquellas discusiones convocó la dieta de Augsburgo (1529). Sea que no supiese el alemán, ó que quisiese conservar la etiqueta del orgullo español, Carlos no contestó en la asamblea más que *si ó no*, palabras sin consecuencia, y movimientos de cabeza, «como grande hombre, dice Lutero, que habla menos en un año que yo en una hora.» Los protestantes espusieron allí su confesion, redactada con una claridad, precisión, sencillez y fuerza admirables (1530). Está dividida en tres partes: la primera versa sobre los puntos generales no contestados; la segunda sobre los artículos que los luteranos admitían ó rechazaban parcialmente: la tercera, sobre las ceremonias y los usos en que diferían de la Iglesia romana, de los cuales rechazaban siete puntos, á saber: la supresión del caliz, el celibato de los sacerdotes, la misa como sacrificio, la confesion auricular, los votos monásticos, los ayunos y el

poder episcopal. No se trató de las indulgencias, del purgatorio ni de la supremacía papal.

La confesion de Augsburgo revela el lado débil de Lutero. Había proclamado el libre exámen, é impone á los suyos un símbolo en el que escribe *anatemas sobre el que enseña otro*. Pero al menos los católicos tienen la persuasión de que lo que creen es de inspiración divina; entonces, por el contrario, debatieron, como se sabe, entre ellos las ideas y las palabras: Melancton, hombre amable y conciliador, asustado por una parte del desbarajuste que amenazaba á la sociedad, y por otra de la atroz tiranía secular y que iba á surgir de la abolición del gobierno eclesiástico (11) redactó la confesion en los términos que creyó más convenientes para unir á los disidentes. En su consecuencia fué corregida y revisada varias veces; y como la libertad del hombre se negaba en ella por la predestinación divina, Melancton hizo que Lutero hiciese abstracción de ella, y se espresase de manera que pareciese adoptar la opinión de los sacramentarios. Cambióse arbitrariamente el artículo XVIII diciendo que «era preciso reconocer el libre albedrío en todos los hombres desde que tienen uso de razón.»

El mismo Lutero se decidió más tarde á modificar su creencia, ó al menos sus espresiones relativamente á la presencia real. Había sostenido con violencia que «Dios opera en nosotros el pecado;» sin embargo, el artículo IX dice: «La voluntad del malo es causa del pecado.» Había rechazado la eficacia de las buenas obras, y el artículo VI afirma, que «las buenas obras merecen elogios y que son necesarias y dignas de recompensa.» Conservóse la misa con sus partes integrantes mientras vivió Melancton, y se oraba por los muertos, confesando que ésta era la práctica de la Iglesia primitiva. Aun más, aquella Babilonia tan blasfemada recibió un homenaje en el artículo XXI, donde se dice: «No despreciamos los dogmas de la Iglesia católica, y no queremos sostener las impiedades que ha proscrito; porque no es con pasión desordenada, sino con la autoridad de la palabra de Dios, como hemos llegado á esta doctrina, que es la de los profetas, apóstoles y santos padres.»

Los mismos católicos se admiraron de encontrar la palabra luterana tan flexible; y puede asegurarse que si Melancton se hubiese presentado en escena en 1519, no hubiese estallado la guerra; y que ese hubieran reconciliado, si Lutero no hubiera existido en 1530. Pero, ¿qué contestaba Lutero, al ver la alegría de que muchos disfrutaban con aquellas contradicciones? ¿*Burros! ¿acaso les pertenece á ellos que no comprenden una jota de los textos que sostienen á toda costa?*

(11) *Confusio et perturbatio religionum... Video postea nullo intolerabiliore futuram tyrannidem, quam antea unquam fuit.* Corp. Ref. 382, 384.

tarde, y los utraquistas se declararon por la confesion de Augsburgo y los hermanos bohemios por la de Zwingli.